



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO  
Escritor.

## Investigación, sociología y ética

Los investigadores científicos y sociológicos deberían reconstruir una ética común, un diálogo al servicio de los hombres y no al servicio de capillitas, tras las que se esconden los intereses económicos, políticos y militares.

A principios de este siglo se desarrolló un gran debate sobre las relaciones entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, es decir, entre juicios de hecho y juicios de valor. Fue en especial **Max Weber** el que, para orillar las interpretaciones románticas de la historia, intentó dar al conocimiento histórico las características típicas del conocimiento científico. Pero el conocimiento que **Weber** y sus seguidores tenían de la ciencia era el de los científicos naturales, que creían en la existencia de un saber disciplinado por una racionalidad rigurosa y absoluta; un saber en el que los modelos y las teorías adoptados eran fruto de un férreo razonamiento lógico. Por entonces la sociología asimilaba el punto de vista interno de la ciencia, o eso creía.

Pero los sociólogos de hoy día hilan más delgado y afirman que hay que observar atentamente el interior de la ciencia. La ciencia, aunque conduzca a conocimientos válidos, siempre dentro de ciertos límites, no es con toda seguridad, el único, el total reino de la racionalidad. La ciencia es presentada como un territorio troceado, complejo y huidizo, en el que se mueven intereses y pasiones humanas y en el que la realidad es a menudo construida a través de negociaciones entre los que dirigen las investigaciones y los que aplican sus hallazgos. **Weber** veía la ciencia como un huerto cerrado, pero es una estructura porosa que admite muchos procesos sociales que se creían excluidos de la ciudadela científica.

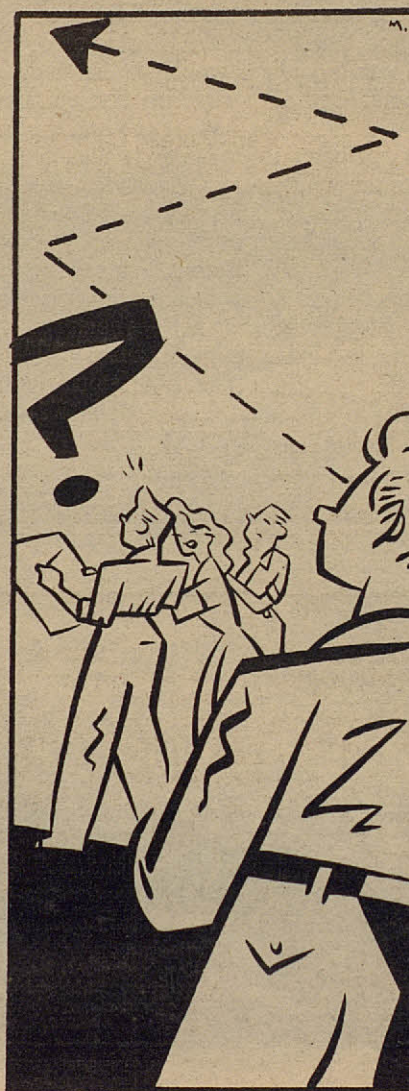
Más siempre se dan relativos saltos atrás. Hace unos diez años, el premio Nobel de química **Ilya Prigogine** publicó un libro titulado *La nueva alianza* en el que proponía un método para unificar las ciencias llamadas humanas con las de la naturaleza. Es curioso: esta vez la propuesta no vino de un sociólogo como **Max Weber**, sino de un investigador químico. Y la reacción contra tal propuesta parte ahora de un grupo de sociólogos, entre los que destaca

**Luciano Gallino**, profesor de sociología en Turín y experto investigador de inteligencias artificiales.

Es cierto que las ciencias de la naturaleza, a diferencia de las disciplinas sociales, no se han preocupado, hasta hoy, de desarrollar una ética de la responsabilidad. La mayoría de los investigadores se desinteresan de los efectos y aplicaciones de sus hallazgos, ya que creen ambos son competencia exclusiva de las empresas o de los políticos. La resistencia de los científicos a interesarse por los temas éticos se deben en buena parte al éxito que las ciencias de la naturaleza han alcanzado en estos últimos tres siglos, tanto en investigación pura como en desarrollo de nuevas tecnologías: la ciencia ha cambiado el mundo y no puede negarse el mérito de haber elevado el nivel de vida de una parte de la población del planeta.

Pero ahora muchos de estos avances pueden caer sobre nuestras cabezas. Se dan todas las premisas para que la extraordinaria forma de racionalidad que es la ciencia se transforme en irracionalidad. Por ejemplo, si se considera al animal o al hombre como un mecanismo solamente, resultará lícito intervenir sobre el mecanismo humano de igual modo que se manipula en el programa de una computadora. Si no se tiene en cuenta la ética, caen no sólo la ideal y abstracta división entre lo que es el bien y lo que es el mal, sino también la propia seguridad del género humano, ya que existe el riesgo gravísimo de que ciertas tecnologías escapen en un determinado momento a cualquier control y produzcan pequeñas catástrofes, como ya ha ocurrido, o una gran catástrofe irreversible, final.

El hecho de que la ciencia haya renunciado a tener su propia ética es grave: hoy no puede decirse u ordenar que se frenen la ciencia y la tecnología. Es paradójico: la ciencia, sin la ética, está destruyendo nuestro ecosistema, y la ética, sin la ciencia, nos conduciría



a un imposible retroceso. Se sale de este callejón rompiendo el muro de incompreensión y siguiendo adelante.

Nunca como hoy día la difusión de la cultura científica ha sido tan vasta. Pero el problema es otro: los científicos se han desinteresado de la historia de la ciencia; muy pocos conocen cómo se obtuvieron ciertos hallazgos y qué efectos han producido; viven encerrados en su pequeña parcela del saber y

sería necesario que encontraran la libertad mental para escoger entre diversas teorías, pero siempre teniendo en cuenta al hombre como parte y objeto de la investigación para lograr una ciencia al servicio de los hombres.

Mucho más duro es el juicio del sociólogo **Luciano Gallino**, que dice que todo científico es un conservador, aferrado a sus verdades particulares, cerrado al exterior, desprovisto de todo interés hacia las necesidades sociales y psicológicas. **Gallino** llega a decir, además, que todo científico acepta que todo cambia, menos él, defendiendo así sus privilegios y sus principios: es decir, que los científicos son, en general, una sarta de miopes, sordos, egoístas y dogmáticos. Según él, ese conservadurismo de los científicos se instaura muy precozmente; cuando llegan a la universidad comienzan a estar perdidos: o están de acuerdo con sus maestros o deben irse a casa. Las capillitas científicas ayudan al sumiso y rechazan al que tiene ideas propias.

Esta dura fotografía de la realidad científica suena a carcajada de buitre en boca de un sociólogo. Quien conozca las universidades europeas o americanas sabe perfectamente que tales capillas funcionan también, a veces de un modo escandaloso, entre los sociólogos: toda disciplina tiende implacablemente a reproducirse a sí misma, practicando un severo control en los modos de reclutar a su personal.

La amenaza real de extinción del planeta, por un lado, y el desconocimiento de qué cosa sea la ciencia desde el punto de vista psicológico y social, por otro, sumados a las divergencias sociológicas, son factores que deberían obligar a que investigadores científicos y sociológicos intentaran, en vez de acusarse estérilmente, reconstruir una ética común, un diálogo al servicio de los hombres y no al servicio de capillitas, tras las que se esconden los llamados poderes fácticos: intereses económicos, políticos y militares.